

Un valle de ensueño



# Un valle de ensueño

Mónica V.T.

Autora: Mónica V.T.

Diseño de portada: Mónica V.T.

ISBN: 9789403620626

© 2021 Mónica V.T.

# CAPÍTULO 1

Esta historia comienza con la llegada de una mujer a una ciudad situada en el oeste americano, media deshabitada, en pleno desierto y rodeada por un hermoso valle lleno de vegetación y un río que lo cruza.

Semeja una ciudad perdida, sacada de una película antigua que vive como si se hubiera congelado en un tiempo pasado. Alejada de la civilización, los hospitales, los aeropuertos, las grandes ciudades con sus coches... y hasta la televisión no era algo que se viese por allí. Pero eso sí, hay paz, ley y orden.

La mitad de este valle es propiedad de los Jhonson. Una familia que lleva décadas habitando el lugar ya desde que sus antepasados colonizaron el oeste llegando en carretas de caballos y tomaron las tierras de la zona dedicándose principalmente a la ganadería, criando y vendiendo vacas y caballos.

Es un cálido verano...

—¡Pupuuuuuuuu... puupuuuuuu! —sonó el silbido de un tren en la ardiente tarde de julio, estaba avisando de su entrada en la estación.

Después de haberse detenido por completo, unas pocas personas descendieron al andén y otras se subieron. La primera en bajar fue una muchacha de 24 años muy hermosa. Su cabello rubio y largo estaba suelto sobre sus hombros. Llevaba un vestido azul claro y un sombrero de paja en la cabeza para evitar que el abrasador sol pudiera quemar su cutis blanco. Paseó sus ojos grisáceos sobre el espacioso apeadero de la estación. Pronto encontró a quien buscaba y corrió hacia ella.

—¡Mamá Elizabeth, ya estoy aquí! —La mujer la abrazó al llegar junto a ella.

—¡Cómo has crecido y qué guapa estás! Has cambiado mucho desde la última vez que te vi. ¿Cómo te ha ido el viaje?

—Muy bien, un poco largo, pero bien. Gracias, ¿vamos al rancho? —Ambas se subieron a un carro de caballos.

La señora no era de verdad su madre. La muchacha era huérfana. Estaba de vacaciones y deseaba visitar a la persona que más quería, la señora Elizabeth Jhonson, la más rica de todo el condado y conocida sobre todo por su bondad y sus obras de caridad. Se había casado muy joven y ahora llevaba ya unos años viuda. Su pelo

blanco por la edad le daba un aire serio y siempre lo llevaba recogido en un moño aportándole un toque de elegancia. Ella y sus tres hijos vivían en un hermoso rancho con un enorme terreno alrededor.

Elena era la primera vez que iba a conocer el lugar, nunca antes había estado allí. Las dos se dirigieron a la gran casa. Se componía de dos plantas: en la planta baja se situaban la cocina, el salón, la zona de lavadero, la biblioteca y el comedor; en la segunda planta los dormitorios y los baños. Anexa a ella estaba la casa de los empleados y sirvientes del rancho. Cerca se encontraban también las cuadras de los caballos. Al entrar admiró mucho más lo bella que era por dentro conservando la misma decoración rústica de cuando la construyeron.

—¡Qué maravilla!, qué bonita es.

—¡Ven!, te presentaré a mis hijos, seguro que hacéis buenas migas.

Elizabeth llamó a todos a comer. Apareció por las escaleras una chica esbelta, también tenía el pelo largo y rubio como ella, en su rostro de tez blanca destacaban unos preciosos ojos azules, era estilizada y un poco más mayor que ella siendo la mediana de los tres hermanos.

—Esta es mi hija Alice, ella es Elena —presentó la madre.

—Encantada —dijeron las dos a la vez.

Minutos después... se oía entrar a alguien y voltearon la cabeza hacia la puerta. Entró un joven muchacho, de mediana estatura, delgado, rubio y tenía también unos hermosos ojos azules que destacaban más al tener su piel morena por el sol.

—Este es mi hijo Heath, ella es Elena.

—Encantado de conocerla señorita —pronunció tímidamente.

Poco después se oía...

—¡Tengo hambre!, ¿aún no está la comida? —Se rieron silenciosamente.

Apareció por las escaleras otro hombre. Era el más mayor de todos los hermanos, alto y fuerte, su pelo castaño oscuro casi negro, tenía la cara muy morena por el sol y unos hermosos ojos castaños.

—Elena, este es el gruñón de mi hijo, Nick —dijo Elizabeth.

—¡Hola! —saludó Elena.

—¿Es esta la muchacha huérfana? —preguntó él a su madre.

—Sí, espero que todos os portéis bien con ella, es como una hija más para mí —advirtió Elizabeth.

—No te preocupes, intentaré no molestar.

—Tú no molestas querida. Ahora vamos a comer.

—¡Por fin! —Se sintió aliviado Nick.

Comieron con gran apetito y después los muchachos salieron a enseñarle a su invitada las caballerizas y los alrededores.

—¡Oh, qué caballos tan bonitos! ¿Puedo montar alguno?

—¿Has montado alguna vez? —pregunta Heath.

—¡No!, pero alguna vez tiene que ser la primera.

Sacaron un caballo y lo ensillaron. Después la ayudaron a subirse a él.

—¡Ten cuidado! —advirtió Heath.

—Tranquilo, no pasará nada —dice ella.

Al poco tiempo de hablar, el caballo se levantó sobre sus cascos traseros y la tiró al suelo. Nick y Heath se apresuraron a levantarla.

—¿Te has lastimado? —Nick está preocupado.

—No, no, estoy bien, gracias —contestó ella molesta por haber hecho el ridículo ante ellos.

—Bien, será mejor que vayamos dentro, ya es hora de merendar —dice Nick.

—¿Es que tú siempre tienes hambre? —pregunta Elena extrañada.

—¡No!, pero es que necesito tener siempre algo en el estómago —contestó Nick sonriendo.

De repente, Elena se quedó como alucinada, aquella sonrisa, aquella cara tan bonita... «estaba tan guapo con aquella sonrisa en su carita morena», pensó.

Entraron a merendar y compartieron anécdotas sobre las primeras veces que ellos montaron a caballo, se reían, se miraban, todo era alegría. Elena se sentía muy feliz de estar allí y poder formar parte de una familia tan unida.

Luego, Nick y Heath volvieron a los quehaceres del rancho, Alice subió a su cuarto a descansar y Elena se puso a leer uno de los muchos libros que había en la biblioteca.

Horas después... cenaron y enseguida se fueron a dormir. Había sido un día muy ajetreado, sobre todo para ella. Cuando llegó a su habitación lo primero que hizo fue darse un baño, luego se puso un hermoso pijama corto.

Se estaba cepillando su larga melena cuando llamaron a la puerta:

—¿Quién es?

—Soy yo, Nick, ¿puedo entrar?

—Claro, pasa.

Nick entró y casi salió corriendo al verla así vestida. Creyó que ella no se daba cuenta, y como era muy educado, se dio la vuelta mirando hacia la puerta.

—¿Qué sucede, por qué no me miras? —preguntó ella sorprendida.

—Es que... —titubeó Nick—. Es que estas así y...

Ella se dio cuenta por lo que iba y se echó a reír.

—No me importa, no estoy desnuda, no hace falta que te pongas así.

—Es que...

—Nada, no pasa absolutamente nada. Y además, a mí no me importa, es igual que si estuviera vestida.

—Está bien.

Se volvió y ella notó cierto rubor en sus mejillas. Parecía que no había visto nunca a una mujer con tan poca ropa encima. Ella no pudo evitarlo y se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —preguntó algo molesto.

—¿Qué te pasa a ti?, solo estoy en pijama, ¡no es para tanto!

—Nada... Venía a hablar contigo... quería saber algo más de ti —lo dijo como si no fuera capaz por vergüenza.

—¿Qué quieres saber de mí?

—Eeeeeeh... —dudó unos segundos—. ¿Cómo conociste a mi madre?

—¡Ah, sí! —exclamó ella—. Pero es una historia muy larga —siguió diciendo.

—No me importa, no tengo prisa.

—Bien... yo tenía dos años cuando mi padre murió. Era el tiempo de la guerra, a él lo llamaron para luchar en uno de los dos bandos. Intentando llegar al bando enemigo, los sorprendieron y los mataron —narró ella con una tristeza reflejada en sus ojos.

—Si no quieres recordar, me iré. —Empezó a levantarse.

—¡No!, no te vayas, no me molesta —contestó ella rápidamente.

—Bueno —dijo él, sentándose otra vez.

—Un día, los del bando enemigo llegaron a nuestra pequeña ciudad. Comenzaron a matar y a romper todo. Solo sobrevivimos unos pocos niños. Unas monjas misioneras nos llevaron a su orfanato. A los cinco años fue cuando conocí a tu madre. Ella solía ir una vez al mes para llevar ropa y juguetes a los niños. Al verme tan sola, tuvo pena por mí y enseguida se hizo mi amiga. A los 18 años, quise estudiar una carrera y escogí

Enfermería. Estuve en un internado hasta los 19, luego tuve que buscarme casa o alojamiento en otro lugar, porque allí solo se acogía a chicos hasta los 19. Busqué trabajo y alquilé una habitación cerca de la facultad. Y ahora en las vacaciones quería visitar a tu madre, y bueno, aquí estoy —acabó diciendo ella.

—Siento haberte hecho recordar esos tiempos tan tristes —Se lamentó él.

—No importa, alguna vez hay que recordar y olvidar.

—Es muy tarde, hasta mañana —dijo él.

—Hasta mañana.



## CAPÍTULO 2

Nick salió de la habitación y ella soltó un largo suspiro. Entonces pensó si era verdad que estuviera enamorada. Pensando en eso se acostó, pero no se durmió. Sonaron en el reloj las doce... se levantó. Se puso la bata y salió de la habitación. Entró en la habitación contigua a la suya.

La luz de la luna llena entraba por la ventana inundando la cama donde él dormía. Veía su torso desnudo y sus ojos cerrados. Una sábana blanca tapaba el resto de su cuerpo. La tenue luz marcaba su pecho musculado.

Sin saber cómo ni porqué, nadie podía detenerla, se agachó y le besó en la cara. Él no se despertó, pero sí sintió el beso, y en sus sueños... la que le besaba era Elena, ya que él, estaba extrañamente atraído por ella.

A la mañana siguiente... todos estaban ya desayunando cuando bajó Nick. Estaba muy raro y todos lo notaron, sonreía y estuvo demasiado amable, él nunca había estado así. Elena sabía porque era... había sido por su beso, estaba segura.

Desayunó callado, pero sonriendo con aquella sonrisa que tanto le gustaba a Elena. Al terminar, Elizabeth, Alice y Heath se fueron a la ciudad.

Mientras... un carro de caballos se acercaba al rancho, al llegar, una mujer joven y bella descendió y luego bajó una maleta grande y otra más pequeña.

—Gracias por traerme —se despidió del cochero.

Su cabello largo y negro ondeaba con el ligero viento que se había levantado. Sus ojos oscuros echaban una visual al rancho y los alrededores. Se aproximó a la puerta, posó las maletas y dio un par de golpes para llamar. Una sirvienta le abrió, ya estaban avisados de que ella llegaría.

Elena creía que estaba sola, pero no era así, Nick andaba por allí. De repente notó que alguien le tapaba los ojos. Pensó que era una broma, pero de quién, si ellos no estaban en la casa. Abrió los ojos y se dio la vuelta... vio que era Nick con una flor en su mano, la preferida de ella, una rosa roja.  
—Nick... ¡Qué bonita!, ¿cómo sabías que era mi flor favorita?

—¿Es?, pues va a ser casualidad, precisamente la elegí porque es la que suele gustar a una mujer.

—¡Oh, Nick!, gracias —y al decir esto le abrazó.

En ese momento... entró Susana, la mejor amiga de Elena, que venía a hacerle una visita. Al encontrarlos a los dos así, tosió para que despertaran de su sueño.

—¡Oh, Susana!, no sabía que ibas a venir hoy, ¡qué alegría! —dice Elena.

—Quería darte una sorpresa —dice Susana mientras pensaba: «y vaya que sí, le he dado una sorpresa... de las gordas».

—Te presento a Nick Jhonson, esta es mi mejor amiga, Susana —presenta Elena.

—Encantado de conocerla, señorita. Ahora si me disculpan, tengo mucho que hacer —dijo Nick.

Nick salió y Susana observó que Elena seguía con los ojos todos sus movimientos hasta desaparecer de su vista. Ella conocía muy bien a Elena y... estaba muy colada por ese chico por las miradas que le echaba. Elena volvió a la realidad y le preguntó a Susana:

—¿Cómo llegaste tan pronto?, te esperaba mañana.

—Es que pensé darte una sorpresa.

En ese momento se oyeron voces, el resto de la familia había regresado de la ciudad.

—Ven, te presentaré al resto de la familia.

Salieron de la cocina y al llegar al salón estaban Elizabeth y Alice.

—¡Vaya, así que esta es Susana! —dijo Elizabeth.

—Si, es Susana, esta es Elizabeth Jhonson.

—Encantada de conocerte Susana.

—Esta es Alice, su hija mediana.

—¡Hola! —dijo Alice.

En ese instante entró Heath que al ver allí a todos reunidos pensó que algo pasaba...

—Susana este es Heath, Heath esta es Susana, mi mejor amiga.

—Encantado de conocerla, señorita —dijo y enseguida subió las escaleras.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar? —preguntó Elizabeth.

—Me quedaré sólo dos o tres días, ya he molestado bastante —contestó Susana.

No le gustaba ser un estorbo ni una carga, estaba acostumbrada a cuidarse y valerse por sí misma para cualquier labor.

—¿Molestar?, ¡oh no!, tú no molestas, ni mucho menos —dijo Elizabeth—. Cuanta más gente joven, mejor estarán estos tres —continuó diciendo.

Al decir esto, miró a Alice y a Nick, el cual acababa de llegar de montar a caballo.